

ÍNDICE

Prólogo.....	7
Tabla de abreviaturas.....	13
Introducción	17
La plata y las minas de plata en la antigüedad	20
Theo Vennemann	22
Las lenguas ibérica y eusquérica.....	23
Los vasos de Liria, inscripciones en lengua ibérica	25
Topónimos ibéricos explicables por el euskera.....	27
La antigua Iberia.....	29
La llegada de los pueblos indoeuropeos.....	31
1. aitz.....	33
2. aker.....	40
3. andi	44
4. aran	49
5. ardi	53
6. arri.....	56
7. arte	59
8. astur	62
9. auntz	66
10. baratz.....	68
11. bas, bes	74
12. -be, -pe	82
13. behi, bei.....	86
14. beltz; [suplemento] gorri	89
15. bide	95
16. bil, biribil.....	102
17. bizkar.....	106
18. bote, mote.....	110
19. burdin.....	113
20. buru.....	117
21. bus.....	121
22. dobru.....	127
23. erreka, *rek.....	132
24. etxe, etze	139
25. *eu, *eb.....	147
26. galdur	151
27. gan, kan	156
28. gara, garai.....	162

29. gatz, getz.....	165
30. *gon(i).....	171
31. gun(e), gūn(e).....	177
32. *ib, ip.....	184
33. ibar, iber.....	191
34. idi.....	200
35. igel.....	206
36. ili, iri.....	208
37. inda.....	213
38. -iti, -eta.....	217
39. iturri.....	220
40. iz-, is-.....	230
41. kant, gand.....	238
42. lab-.....	243
43. larra, larre.....	245
44. lats.....	252
45. loi, lohi.....	256
46. *lon, lona.....	259
47. lur.....	265
48. luze.....	268
49. *mal.....	270
50. mendi, monte.....	275
51. mor.....	283
52. mun, *bun.....	288
53. nab-, lab-.....	294
54. obi.....	301
55. odi.....	312
56. orots.....	314
57. (h)otz.....	318
58. oyan, oihan, oian.....	321
59. sal, sel, zelai.....	327
60. *senne, *esenne.....	331
61. sosin, *sesin, zezen.....	335
62. *tob, *tov-.....	339
63. -toki, *-teki.....	343
64. *tur, *tul.....	353
65. ur.....	358
66. urzi.....	368
67. us, os.....	370
68. vega, *(i)baika.....	374
69. zubi, zibi.....	377
70. zuri.....	385
Bibliografia.....	387

PRÓLOGO

Hay libros que nos despiertan como un aldabonazo en la puerta a media noche. Uno de ellos será posiblemente este que tengo el gusto de prologar y que debemos a la tenacidad y a la experiencia del profesor Fritz Garvens, hombre de sólida formación y de amplias miras.

La expresión *aldabonazo en la puerta* podría parecer ya obsoleta en estos tiempos que corren, cuando las aldabas se guardan en los museos y los videoporteros han tomado su relevo. Pero en modo alguno se halla fuera de contexto, pues la investigación que aquí se presenta se inició en el año 1958 en las montañas cántabras, una fecha del pasado milenio, anterior a la revolución digital, y una zona de la geografía hispánica conservadora de formas de vida más afines a la cultura neolítica que al mundo del siglo XXI.

Cuando el profesor Garvens llegó a aquel rincón a caballo entre el oriente asturiano y el poniente cántabro tenía, como otros jóvenes romanistas europeos, la intención de estudiar el habla y la cultura popular de un territorio extremadamente conservador. En sus libretas levantaba acta de las palabras, los objetos, las costumbres, los modos de vida ... y también de los nombres de lugar, que podían llegar a ser un centenar en algunas localidades. Y es en este punto donde halla su motivación el libro que ahora nos ofrece. Porque esos nombres de lugar tienen la maravillosa capacidad de hacer revivir ante nosotros las formas de vida, las tradiciones, las cosas y las palabras que la tierra ha querido conservar a modo de fósiles culturales, como muestra de especímenes que habitaron el territorio en lejanos tiempos.

Desde buen principio, en una muy esclarecedora introducción, el professor Garvens nos muestra sus cartas: sobre qué datos va a basar

su argumentación, qué método interpretativo piensa utilizar, quiénes son sus mentores científicos, cuál es su postura ante los problemas del *iberismo*, del *vascoiberismo* e incluso de lo que podríamos llamar *paniberismo*.

El libro se apoya fundamentalmente, como reza el título, en los topónimos prerromanos del norte de España, con especial atención a los nombres de las zonas asturiana, cántabra y pirenaica. Pero, como tales nombres le son útiles para su hipótesis de la existencia de una lengua hablada al oeste del Ródano y común a toda la antigua Europa occidental, su corpus toponímico se extrae de toda la Península Ibérica y del espacio situado al norte de los Pirineos, hasta llegar a territorios que son actualmente de dominio germánico y eslavo.

Una muestra de lo que será su método interpretativo nos la ofrece ya en la introducción al tratar de los topónimos que contienen los elementos *buru*, *bide*, *andi* y *obi*, para cuyo desciframiento halla un buen agarradero en la lengua vasca actual. El método comparativo le permite establecer las relaciones probables entre nombres muy alejados geográficamente y proponer hipótesis etimológicas. Pero su método se basa no tan solo en la etimología, en el origen de las formas y las palabras, sino que además procura inquirir la etiología de cada nombre, esto es, las causas de la creación de cada topónimo y su relación con las circunstancias que pudieron suscitar su nacimiento. De este modo, la geografía, la economía, la historia de la cultura y la evolución de las concepciones religiosas tienen también su cabida en las páginas del libro que estamos prologando. Un ejemplo puede ser su interpretación del elemento *sil-/zil-*, que relaciona con el nombre ibérico y vascónico de la plata, una vía interpretativa que ya don Antonio Tovar abrió hace algunos años. O bien su explicación de los topónimos en *Aker-*, relacionables con el nombre del macho cabrío (cf. p. 40), la encarnación del mal. Y, junto a las leyes evolutivas y la motivación cultural, no olvida el autor el recurso a la documentación, sin la cual las más audaces teorías corren el riesgo de desmoronarse como un castillo de naipes. Obsérvese, como muestra, lo que afirma en la página 373 acerca de nombres que relaciona con el elemento

US/BUS ‘arbolado’: “Para verificar esta suposición tendría que hallar formas antiguas documentadas. Espero que toponimistas regionales las encuentren”.

Entre los especialistas a quienes Fritz Garvens considera sus mentores en materia científica, cabe destacar el nombre de Theo Venneman, cuya obra *Europa Vasconica* parece ser el libro de cabecera fundamental para las teorías sobre la toponimia prerromana en las que se basa Fritz Garvens. Otros autores, como Ramón Menéndez Pidal, Antonio Tovar o Joan Corominas se muestran asimismo como apoyos aceptados por el autor. Por el contrario, es patente el desencuentro con las posturas adoptadas por R. L. Trask en su *The History of Basque*.

El problema del ibérico, de sus límites geográficos y cronológicos, de su tipología y de sus relaciones con otras lenguas se halla presente a lo largo de todo el libro. Para el autor, el ibérico no es solamente un código usado en las inscripciones del levante hispánico, es una lengua que fue hablada en toda la Península Ibérica y que desbordó ampliamente el espacio delimitado por los hallazgos arqueológicos inventariados en los repertorios de Jürgen Untermann, Jaime Siles o Javier Velaza. Allí donde no llega la arqueología cree Fritz Garvens que pueden llegar la dialectología y la toponimia, materias en las que él es especialista. Junto a lo que es normal considerar como el norte de España (Galicia, Asturias, Cantabria, Euskadi, Navarra, Aragón, Cataluña) tiene buen cuidado el autor de atender al espacio histórico y documental que llama “Iberia Antigua” (p. 136). Algunos artículos, como los dedicados a *Ili* (p. 208) y *Sosin* (p. 335) desarrollan ampliamente este aspecto.

En el viejo y debatido tema de la relación entre el vasco y el ibérico, habrá que decir que Fritz Garvens toma decididamente partido por la hipótesis vascoiberista. Reivindica aquí una tradición que va de Andrés de Poza hasta el padre Moret y Guillermo de Humboldt, y continúa en el nevascoiberismo más matizado de Ramón Menéndez Pidal o de su discípulo Joan Corominas. Para dejar bien clara su postura, el autor escribe categóricamente en la página 32: “La tribu ibérica que hasta hoy en día ha logrado mantener su independencia lingüística y cultural es el *pueblo vasco*, son los *euskaldunak*, es *Euskadi*”.

Pero la temática del libro que estamos prologando va más allá de los límites de lo ibérico y de lo vascoibérico. Se pretende traspasar esa frontera de la Historia tras la cual todos hemos de reconocer (así nos lo advertía Joan Corominas) que avanzamos como en la niebla. Al adentrarnos en esos parajes, la ciencia hunde sus raíces en las profundidades del Neolítico y la distancia cronológica limita nuestra visión de los hechos. También aquí el profesor Garvens se muestra categórico en favor de lo que podríamos denominar *euromesetario* o quizá *paniberismo*, para reflejar esa visión de una cultura que se expande hasta acoger la totalidad de la Península Ibérica, el espacio de la antigua Aquitania y, en fin, todas las tierras “al oeste del río Ródano” (p. 31). También ahora es inequívoca la idea del autor, expresada en la página 34. Al hablar de la familia de palabras del vasco *aitz* ‘piedra’, dice: “...todas estas palabras parecen derivar de una lengua preindoeuropea. Y esa lengua debe de ser la vascónica, que antes de la llegada de los pueblos indoeuropeos se hablaba en gran parte de la Europa occidental”.

La honradez científica y la valía del profesor Garvens están fuera de discusión. Pero en ciencia es obligado discutir acerca de la validez de los análisis y de las teorías puestos en pie por los científicos. Y no me cabe la menor duda de que las afirmaciones y las interpretaciones contenidas en este libro van a dar pie a amplias polémicas.

Para comenzar, el profesor Garvens no ha rehuído el reto de enfrentarse a la interpretación de nombres fundamentales: *Bureba* (p. 119), *Bulnes* (p. 118), *Cantabria* (p. 239), *Obregón* (p. 180), *Auñamendi* (nombre vasco de los Pirineos, p. 66), *vascones* (p. 75), *Vizcaya* (p. 106), *Éibar* (p. 195), *Ástures* (y *Asturias*, p. 62), *Oviedo* (p. 20), *Cangas* (p. 159), *Ibias* (p. 187), *Ebro* (p. 191), *Ésera* (p. 234), *Isábena* (p. 234), *Barcelona* (p. 172), *Gallura* (Cerdeña, p. 154), *Cannes* (Francia, p. 160), *Isère* (Francia, p. 235), *Ovelgönne* (Alemania, p. 181). Los especialistas en la toponimia de las zonas a las que pertenecen tales nombres —castellanos, cántabros, vascos, asturianos, aragoneses, catalanes, sardos, franceses, alemanes— tienen ahí una oportunidad para contrastar sus opiniones. Por otra parte, la riqueza del corpus toponímico considerado, con abundantes nombres de toponimia menor,

permitirá las aportaciones, precisiones y rectificaciones de quienes trabajan sobre el terreno y pueden disponer de datos para una nueva interpretación de los nombres.

En los próximos años se verá si quedan mejor ajustadas o si, por el contrario, son descartadas las piezas que configuran la maquinaria argumentativa utilizada para elaborar las teorías expuestas en este libro. Lo que hace grande a la actividad científica es su constante estímulo de revisión, de reformulación de principios, métodos y modelos de interpretación. En los últimos años una parte de la comunidad científica ha replanteado los principios aceptados durante décadas sobre los orígenes de la escritura europea y su posible enraizamiento en el neolítico europeo. Ahora, un libro sobre toponimia antigua replantea los principios de la repartición de las lenguas en la Europa neolítica. Es pronto para saber cómo será el paradigma que se impondrá en los próximos años. Pero un presentimiento invade al lector al acabar la lectura del trabajo de Fritz Garvens: este libro no va a dejar a nadie indiferente y jugará un papel importante en el nuevo paradigma que comienza a vislumbrarse.

XAVIER TERRADO

INTRODUCCIÓN*

En el año 1958 estuve yo algún tiempo en la parte oriental de Asturias y en el oeste de lo que hoy es la comunidad de Cantabria. Quería hacer allí unos estudios lingüísticos. Hablaba con la gente que encontraba en los pueblos y en los campos. Registraba en mis cuadernos todo lo que me decían acerca de su manera de hablar, de las palabras de la vida cotidiana, de los nombres de los animales, de los árboles y plantas, de las herramientas con que trabajaban y de muchísimas cosas más. Y en ningún pueblo olvidaba preguntar a la gente por los nombres de las montañas, de los campos, pastos y prados. Así, en cada pueblo podía registrar docenas y hasta un centenar de topónimos de toda clase. Mis informantes eran labradores y pastores de esos pueblos aislados en los Picos de Europa, una región muy montañosa y pintoresca de la Cordillera Cantábrica. Y los habitantes de allí conocían perfectamente su tierra, sabían cómo se llama tal y tal monte o pico, prado o pasto, arroyo, río o fuente, peña o piedra, valle o barranco.

Después de haber vuelto a Alemania empecé a examinar e interpretar el material recogido en la Cordillera Cantábrica. En las entrevistas con la gente de aquel país ya me había saltado a la vista que un gran número de los topónimos registrados tenía un aspecto peculiar. Evidentemente no tenían origen latino. Topónimos como *Ricandi*, *Escarandi*, *Orandi* y *Osandi* no tienen nada que ver con el gerundio latino. Montañas con el nombre de *Las Buras*, *Cambureru* y *El Burón* no son de origen latino. Topónimos como *Coprebidi*, *Emprebidi* y *La Bide* son enigmáticos.

* Es mi deseo hacer una mención especial a Carlos Ángel Rizos Jiménez, un colega y colaborador de la Universidad de Lérida, por su inestimable ayuda.

bide

Examinando atentamente *Coprebidi* o *Cambureru*, se ofrece una solución al enigma: *Coprebidi* es un topónimo de Arenas de Cabrales, en el oriente de Asturias. Es el nombre de un pasto que hay por encima del pueblo en cuya montaña encontramos minas. Y según lo que dice la gente de allí, de esas minas en otro tiempo se extraía cobre y plata. El transporte de los minerales se hacía por Coprebidi. Sabiendo que *bide* en euskera (vascuence) significa ‘camino’ comprendí que el topónimo *Coprebidi* quiere decir ‘camino del cobre’. Y eso corresponde exactamente a la función de ese camino en la realidad de tiempos pasados.

buru

El otro topónimo que me abrió los ojos acerca del origen eusquérico (vasco) de muchos topónimos enigmáticos de la Cordillera Cantábrica es el pico de Cambureru. Con sus 2.048 metros de altitud es uno de los Picos de Europa. Se encuentra no muy lejos de Bulnes, ese pueblo montañoso tan pintoresco y simpático donde hace ahora cincuenta y cuatro años estuve alojado yo en casa de Manuel Noriega y su mujer María Pérez Concha para hacer mis estudios lingüísticos en la región. En el nombre de *Cambureru* reconocí dos elementos de la lengua euskera (el vascuence):

Cambureru debe de significar ‘cabeza alta’ (< *kan|gan* ‘alto’ + *buru* ‘cabeza’). Falta explicar la formación de la desinencia *-eru*. Supongo que corresponde al sufijo *-eru* del castellano que encontramos en otros topónimos de los Picos de Europa, en orónimos vecinos al Cambureru. En el mapa detallado de los Picos de Europa (*Mapa de los Picos de Europa*, escala 1:50.000, mapa montañoso editado por Cayetano Enríquez de Salamanca de la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara) encuentro:

Majada de Caneru (situada al oeste de Sotres).

Cuetu de los Calabreru (al sur de Sotres).

Horcada bajera (al sur de Sotres).

Silla caballu cimera (al sur de Sotres). *Silla caballu bajera* (al sur de Sotres).

Cantu cabroneru (situado en los Picos de Cornión).

Por consiguiente debemos considerar el nombre de *Cam- bur- eru* como palabra híbrida compuesta de dos elementos vascos (*kan/gan* ‘alto’ + *buru* ‘cabeza’) y una desinencia castellana (*-eru*).

El nombre de *Cambureru* significa ‘cabeza alta’. Nombres como este se encuentran en otras sierras de todo el mundo. Se trata de montañas altas que, por lo menos al entender de los que viven allí, tienen forma de cabeza humana. En el caso del Cambureru de los Picos de Europa podía ver yo mismo que es alto y que, desplegando un poco de imaginación, parece tener forma de cabeza humana.

andi

Otra serie de topónimos cuya rara forma salta a la vista son los que terminan en *-andi*. De ellos hay varios en los pueblos asturianos visitados. Todos los que he coleccionado se encuentran en el capítulo con el lema *-andi*. Entre ellos los hay con las formas *orandi* (< euskera *urandi* ‘agua grande, río grande’), *osandi* (< euskera *usandi* ‘bosque grande’), *rikandi* < euskera *(er)reka-andi* ‘arroyo grande’ y *escarandi* (véase s.v. *as/es*). Como ya he dicho más arriba, estas formas no tienen nada que ver con el gerundio latino, que en los verbos latinos de tema en *-a-* tiene la forma *laborandum / laborandi* (genitivo), *orandum/orandi* (genitivo). Estos claramente son otros testigos de la antigua lengua eusquérica/vascónica que se hablaba en todo el norte de España hasta hace dos mil años. *Andi* corresponde al adjetivo latino *grandis*, pero no deriva de esta palabra. Es obvio que hay una relación entre *grande* y *andi*. Pero esto no quiere decir que una de las formas derive de la otra. Tenemos aquí un ejemplo donde ambas formas tienen el mismo origen: las dos vienen de la lengua que antiguamente se hablaba en toda la Europa occidental (la lengua vascónica), de la que voy a hablar *in extenso* más abajo.

obi

Una vez descubierta la huella vascónica (vasca) en varios topónimos asturianos tuve que ponerme a examinar otros de aspecto enigmático. Entre ellos está el grupo de topónimos en los que aparece el elemento *obi*, sea como primera o segunda parte de un topónimo. *Obi* en euskera significa lo que en castellano es *hueco, hoyo, concavidad, tumba,*

fosa. *Obi* no puede derivar del latín *fovea* como suponen Gerhard Rohlfs, Luis Michelena y otros filólogos. Si fuese así, no se podría comprender por qué en las regiones de la Península Ibérica donde se ha conservado la *f* inicial latina se hallan tantos topónimos con las formas *obi*, *obre*, *obra*. Además, en Cataluña existe la palabra *obi* con el significado de *hoyo*.

El nombre vasco de la *cantera* es *(h)arrobi*. Esta palabra se compone de *(h)arri* ‘piedra’ y *obi* que significa ‘hueco, hoyo, concavidad’. Allí se extraen piedras de la tierra. En Euskadi se hallan topónimos con la forma *Obieta* y *Obiaga*. *Obieta* significa ‘los hoyos’ y también ‘las fosas’ mientras que *Obiaga* es ‘el lugar de hoyos (fosas)’; *-eta* en euskera es un sufijo pluralizador y *-aga* un sufijo locativo. En Álava, en el pueblo de Bergüende/Alcedo, encontramos el topónimo *Obiedo*. Eso hace pensar en la capital de Asturias, Oviedo. Y sabiendo que todo el norte montañoso de la Península Ibérica en la antigüedad era una región llena de minas (de plata y cobre, de plomo y oro) no es desacertado que la capital de Asturias, en esa región riquísima en minas, tome su nombre precisamente de esas minas.

La forma más antigua de Oviedo, documentada en el año 781, es *Ovetu(m)*, *Ovet(o)* (Garvens, *Die vorrömische Toponymie Nordspaniens*, Münster, 1964), lo que significa ‘los hoyos, las minas’ en la lengua que allí y en toda la Sierra Cantábrica se hablaba hace dos mil años. Restos de esa lengua común del norte de la Península Ibérica se hallan también en La Rioja, en la provincia de Burgos, en Las Encartaciones al oeste de Bilbao, en los Pirineos catalanes, en Gascuña (Francia) y en todo lo que en la antigüedad se llamaba Aquitania. Testigos de esta situación son los numerosos topónimos de forma eusquérica que se hallan allí (véase Merino Urrutia, *El vascuence en la Rioja y Burgos*, Logroño 1978; Jesús María de Sasía, *Toponimia euskérica en las Encartaciones de Vizcaya*, Bilbao, 1966; Joan Coromines, *Estudis de toponímia catalana*, Barcelona, 1965-1970).

La plata y las minas de plata en la antigüedad

El metal que se extraía en grandes cantidades de las tierras ibéricas era la plata. Los cartagineses, hacia el año 500 a. J. C., habían

conquistado el imperio de Tartessos. Y con esto eran los señores de las ricas minas de plata de la región de Cartagena. Los cartagineses eran navegantes experimentados, colonizadores hábiles y comerciantes excelentes. Habían extendido su zona de influencia a todas las costas de la Europa occidental hasta Bretaña e Irlanda.

Alrededor de Cartagena (= la nueva *Carthago*), en la costa del Mediterráneo occidental y de la Iberia oriental, había minas de plata riquísimas. Allí trabajaban, según el historiador romano Polibio, cuarenta mil mineros que cada día producían plata por valor de veinticinco mil denarios romanos (véase Adolf Schulten, *Iberische Landeskunde, Geographie des antiken Spaniens*, Estrasburgo, 1957, p. 488).

En el norte de la península la región más rica en plata era el rincón del noroeste, la actual Galicia, donde vivían entonces los ártabros. En la tierra de los ártabros, según dice Estrabón (*Geografía*, III, 2,9) todo florece de plata, estaño y oro mezclado con plata.

sil, zil

Por la tierra de los ártabros corre el río Sil, el principal tributario del río Miño. Su nombre debe de significar algo así como ‘río (de la) plata’, como lo han sospechado ya varios científicos. Esta opinión también es la mía por las razones siguientes:

1.^a El río Sil corre a través del país de los antiguos ártabros donde, según dice Estrabón (citando a Posidonio), la tierra *florece de plata*.

2.^a El metal que conocemos como plata en las lenguas germánicas se llama *silber, silver...* En esta palabra se puede reconocer como primer elemento la raíz *SIL* con el supuesto significado de **plata*. Esto va muy bien con la palabra vasca *zilar, zilhar* ‘plata’. Siguiendo una idea de Theo Vennemann (véase Vennemann: *Europa Vascónica - Europa Semítica*, Patrizia Noel Aziz Hanna, ed. Berlín, Nueva York: Mouton de Gruyter, 2003. (Trends in Linguistics Studies and Monographs; 138), 7.6.1. ‘Silber’) del que voy a hablar *in extenso* más abajo, *zilar/zilhar* bien puede ser un compuesto de **zil *plata* y otra palabra vasca muy difundida (*h*)*arri* ‘piedra’. El significado original de *zilar/zilhar* sería entonces ‘*piedra de plata’, ‘*roca de plata’.

En Galicia, la antigua tierra de los ártabros, hay nombres de localidades formados con el elemento *zil, sil, cil* ‘*plata’. Los hay con

varias formas: unos con la forma *Cillobre*, otros que aparecen como *Sillobre* y dos que tienen la forma *Ciliobre*, y todos significan ‘minas de plata’. La palabra se compone de *zil(h)/sil(h)*, *cil(h)* y un segundo elemento *-obre*, que es muy frecuente en topónimos de Galicia. *Obre* no puede deducirse, como se ha hecho algunas veces, de una supuesta palabra céltica **obriga*.

Esto lo ha demostrado el gran filólogo español Ramón Menéndez Pidal (véase: *El elemento -obre en la toponimia gallega*. En: *Toponimia prerrománica hispana*). *OBRE* viene, como se explicará en el capítulo del lema *OB(I)* del euskera *obi* ‘hueco, cóncavo, hoyo, fosa, tumba’ más un sufijo *-ara/-era, -ra, -re* como marca de pluralidad. Así pues, los lugares llamados *Cillobre* eran localidades donde había minas de plata. Así, se llamaban muy sencilla pero lógicamente *Minas de Plata*.

Theo Vennemann

Theo Vennemann, de quien he hablado dos párrafos antes, fue profesor de Germanística y Lingüística de la Universidad de Munich. Desde el año 2005 es profesor emérito. En sus innumerables estudios lingüísticos explicó y demostró que en toda la Europa occidental, desde los Pirineos y los Alpes hasta Irlanda y Bretaña, antes de la llegada de los indoeuropeos se hablaban lenguas de una gran familia lingüística cuyo único superviviente hasta nuestros días es el euskera (vascuence). Vennemann calificó esta familia de lenguas como *vascónica*. Y la teoría que desarrolló de ella se conoce como *teoría vascónica*.

El fundamento de esta teoría ha sido presentado en su *opus magnum Europa Vasconica – Europa Semitica* (edición de Patrizia Noel Aziz Hanna, Berlín-Nueva York, 2003. María Teresa Echenique Elizondo, profesora de la Universidad de Valencia, ha procurado la traducción de la primera parte de la obra del alemán al castellano, llevada a cabo por Mila Salterain y editada en 2009 por Bitácora Gráfica en Durango, Vizcaya).

Cuando, hace algunos años, llegué a conocer la teoría vascónica de Theo Vennemann fui como electrizado. Dicha teoría correspondía exactamente con la idea que yo tenía desde que me había dado cuenta de que tantos topónimos asturianos y cántabros se explican fácilmente por palabras del euskera (vascuence).

Extendiendo el área de mis investigaciones noté que en todo el norte de la Península Ibérica se hallan vestigios de esta lengua vascona como la suele llamar Vennemann. Joan Coromines la llama una lengua *vascoide*. Él también, habiendo recogido y analizado el material para su voluminosa colección de toponimia catalana y pirenaica, se había dado cuenta de que buena parte de los topónimos examinados solo se pueden explicar basándose en la lengua vasca.

Las lenguas ibérica y eusquérica

La controversia histórica sobre el origen del euskera y su relación con la lengua ibérica así como la tesis según la cual ambas lenguas pertenecen a una misma familia ya es antigua. Hace doscientos años Wilhelm von Humboldt, viajando a España y discutiendo con científicos vascos sobre este problema observó que hay varias localidades antiguas en la Península Ibérica y también en Aquitania (en el sudoeste de la Galia) con el nombre de *Iliberri*. Y este nombre le abrió los ojos. Reconoció en él los dos elementos *ili* + *berri*, que en euskera significan ‘ciudad’ (*ili*) + ‘nueva’ (*berri*). Estas ciudades habían recibido su nombre cuando en la región donde están situadas se hablaba una lengua emparentada con el vasco actual, el euskera.

En muchos países del mundo varias ciudades tienen el nombre de *villa nueva*. Pensemos en Villeneuve (Francia), Newcastle (Inglaterra), Neustadt (Alemania), Nowgorod (Rusia). Esto muestra la costumbre bien comprensible de que la gente de todas las épocas haya llamado nuevos núcleos de población por el nombre de lo que son: *ciudades nuevas* o bien *castillos nuevos*. Todas las localidades en el curso de su historia en algún momento han sido nuevas, de modo que este nombre de *iliberri* siempre puede tener su justificación. En nuestro caso el nombre de *iliberri* ofrece el argumento decisivo para suponer que allí se trata de una región donde en cierta época se habló una lengua emparentada con el vasco actual.

En este *punto* hay que contradecir a R. L. Trask, el eminente vascólogo (*The History of Basque*, p. 38-39), que no quiere aceptar el hecho evidente del parentesco entre el ibérico y el euskera. Según Trask la ciudad de *Iliberri* (situada donde hoy está Granada) podría

haber recibido su nombre por vascos expatriados que habrían fundado esta población lejos de su tierra ancestral. Esta argumentación me parece desacertada.

Al lado de *Iliberri* hay otra ciudad ibérica que nos provee de otro argumento en favor de la estrecha relación que existe entre las lenguas ibérica y eusquérica. Es la ciudad de Sosintigi, situada entre las actuales Córdoba y Badajoz, mencionada por Plinio en su *Naturalis historia* (III, 14). La primera parte del nombre corresponde al euskera *zezen* ‘toro’ y la segunda, también al euskera *tegi, tigi* ‘lugar’ y también ‘establo’. El nombre completo entonces significa ‘establo de toros, toril’. Ahí tenemos uno de los primeros testimonios de la cría sistemática de toros en la Península Ibérica. Y seguramente no es mal augurio que este testimonio se refiera a una región que está cerca de Córdoba, la comarca donde todavía hoy se crían buenos toros bravos y de donde viene El Cordobés que en opinión de muchos aficionados ha sido el mejor torero de todos los tiempos.

El *ibérico sosin* y el euskera *zezen* son palabras etimológicamente idénticas. La alternancia de o/e se encuentra frecuentemente en el vascuence. Compárense los capítulos de los lemas *bes/bos, teki/toki* y *mendi/monte*.

Sosin en ibérico es una de las palabras que aparecen en varias inscripciones y que hasta ahora no habían encontrado una explicación satisfactoria. Yo creo que con mi interpretación este enigma del ibérico será resuelto. De esta manera también los nombres propios ibéricos *Sosimilos* y *Sosinburu* tendrán un significado bien obvio y bien ibérico. *Sosimilos* está compuesto de *sosin/zezen* ‘toro’ y *milos/bilos* que se encuentra en varios otros nombres ibéricos y pertenece al grupo de palabras del euskera que significan ‘negro’, como *bel, beles, bilis, bilus/milus, beltz* (cf. cap. 14).

El hombre llamado *Sosimilos* a ojos de sus compañeros es un *toro negro*. Y los toros negros tienen fama de ser muy valientes porque son toros de lidia. El que se llama *Sosinburu* tiene *cabeza de toro* (*buru* en euskera es ‘cabeza’). Esta cabeza de toro además está representada sobre varias monedas ibéricas. Y en la pequeña ciudad de Sos del Rey Católico, cerca de Pamplona, donde se crían tradicionalmente los toros de los San Fermín, hay varias estatuas de piedra con *cabezas*

de toro grabadas en ellas. El nombre de *Sos* del Rey Católico probablemente halla su explicación también en el ibérico *sosin* (ibérico *sosin* = euskera *zezen* ‘toro’).

Los vasos de Liria, inscripciones en lengua ibérica

Gran parte de los testimonios de la lengua ibérica vienen de inscripciones de los vasos de Liria. Liria es una pequeña ciudad al noroeste de Valencia. En la antigüedad había allí un centro religioso de los iberos de la costa mediterránea. El cerro de San Miguel de Liria era el lugar favorito de sus peregrinaciones. Allí sacrificaban a sus dioses; les expresaban su agradecimiento por la buena cosecha del año, por el nacimiento de un niño o por la salvación de una enfermedad peligrosa. Y para obtener la benevolencia de los dioses les sacrificaban frutas del campo, animales domésticos y hasta sus propios hijos.

Para asegurarse de que sus agradecimientos y sus súplicas no se perdiesen ni se olvidasen, los hicieron inscribir en vasos que hasta hoy día se han encontrado allí en gran número. Miguel Roure Linhoff ha interpretado algunas de estas inscripciones y ha propuesto una traducción al castellano que hasta hoy no ha recibido la atención que merece (véase Miguel Roure Linhoff, *ELOLECARCO, vasco-iberismo*, Campo de Gibraltar, 1971, capítulos 1 y 2).

En muchos vasos aparece la fórmula *banit*, *banite*, *bante* en combinación con otras palabras como *saldu*, *boi*, *kares/gares*, vocablos que pueden identificarse con palabras del euskera actual: *saldu* = *zaldu* ‘caballo’, *boi* = *bei* ‘vaca’, *ares/gares* = *gari* ‘trigo’.

Miguel Roure Linhoff ha interpretado las inscripciones con inteligencia e intuición. En su opinión se indican allí los productos o animales que los peregrinos ofrecieron a sus dioses. En la palabra *ban*, *banit*, *banite*, *bante*, que aparece treinta y cuatro veces, reconoce el vocablo ibérico que significa ‘dar, donar, ofrecer, ofrenda’ y con esta interpretación está en el buen camino. Y él lo sabe, porque llama a estos vasos con dichas inscripciones su “piedra de Roseta”.

En estas palabras, *banit*, *banite*, *bante*, está *el verbo* de la frase inscrita en lengua ibérica en tantos vasos votivos como se han encontrado en Liria. En euskera hay un verbo que corresponde exactamente

a este elemento *ban* de las inscripciones ibéricas, es el verbo *eman*, que significa ‘dar, donar, sacrificar.’

En la fonología vasca *ban* corresponde a *man*. Históricamente *ban* es el precursor del verbo actual *eman* ‘dar, donar’. No quiero entrar en más detalles de la fonología histórica del vascuence, pero voy a examinar detalladamente la inscripción de uno de los vasos de Liria.

Para mí es la inscripción clave para poder interpretar las otras semejantes. Y digo sin exagerar que es sensacional. El texto reza así: “nigini banit”. Sin preámbulos, digo al lector que habrá seguido mis argumentos que este texto ibérico significa en castellano actual: ‘(Yo) doy a mi hija’ = ‘(yo) sacrifico a mi hija’.

Como soy uno de los que están convencidos de que la lengua ibérica, al menos la de las inscripciones de los vasos de Liria, y el euskera actual son lenguas hermanas, no puedo interpretarlo de otra manera. Los detalles de mi interpretación son los siguientes: en ibérico existe la palabra *neska/niska* que significa ‘chica, muchacha’ y también ‘ninfa de una fuente’ (véase Joan Coromines, “Les Plombs Sorothaptiques d’Arles: Niscas Aquíferas”, *ZrP*, 91, 1975). No hay ninguna duda de que es la misma palabra que el vasco *neska* ‘chica, muchacha’. En Liria alguien sacrificó a su chica (*niska*).

Mi análisis lingüístico es el siguiente:

Ibérico	<i>niska, neska</i>	‘chica, hija’	cf. euskera <i>neska</i> ‘chica, muchacha’
Ibérico	<i>-ini</i>	‘mío, mía’	
Ibérico	<i>ban-</i>	‘dar, sacrificar’	
Ibérico	<i>-it</i>	(es la forma que indica la primera persona del singular) de modo que la frase significa: ‘yo doy,’ ‘yo sacrifico’	

En conclusión, “*nigini banit*” es una frase de la lengua ibérica que significa en castellano: ‘la hija mía doy yo’ = ‘yo sacrifico a mi hija’.

Anotación: La costumbre de sacrificar hombres a un dios, ante todo hijos primogénitos, era “usual” en la antigua Cartago. Cerca de Túnez, en uno de los antiguos cementerios de los cartagineses hay un sector lleno de tumbas pequeñas para niños. Son las cámaras funerarias de niños sacrificados a los dioses.

Esa costumbre está históricamente documentada. Por la inscripción en un vaso de Liria aprendemos que tales sacrificios se practicaban también en la costa oriental de la Península Ibérica. En esta zona la influencia de la cultura, la religión y la administración púnicas era predominante hasta que los romanos vencieron a los cartagineses en las guerras púnicas y se hicieron dueños de la Península Ibérica.

Topónimos ibéricos explicables por el euskera

1. Idubéda

Hay toda una serie de topónimos ibéricos que han sido transmitidos por historiadores y geógrafos de la antigüedad, entre ellos Estrabón y Plinio, que son bien fidedignos. El Sistema Ibérico (hablando de la morfología del territorio español) que se extiende al sur del río Ebro desde Calahorra y Logroño hasta Teruel y Sagunto, se llamaba en tiempo de los iberos *Idubéda* (mons). *Idubéda* es un nombre bien explicable por dos palabras del euskera: *idu* = *idi* (en muchas palabras del euskera alternan *i/u*, por ejemplo en *zilo/zulo* ‘agujero’ o bien *iturri/uturri* ‘fuente’) que en euskera significa ‘buey’; *-beda* es una variante del muy común euskera *bide* ‘camino’. La composición *Idu-béda* significa por consiguiente ‘camino de los bueyes’.

El nombre *Idubéda* está bien justificado porque en tiempos pasados los pastores utilizaban estos caminos para subir allí el ganado en la primavera y bajarlo en otoño. Volvían con sus rebaños al valle para pasar allí, en los establos del valle y de los pueblos, la temporada invernal. Esta costumbre milenaria se llama *trashumancia*.

La tribu ibérica que vivía entre el río Ebro y el monte *Idubéda* eran los *edetani*, un nombre que significa ‘gente de los bueyes’ (*ede* = *idi* ‘buey’).

© del texto: Fritz Garvens, 2015
© del prólogo: Javier Terrado, 2016
© de esta edición: Milenio Publicaciones, SL, 2017
Sant Salvador, 8 — 25005 Lleida (España)
editorial@edmilenio.com
www.edmilenio.com
Primera edición: enero de 2017
ISBN: 978-84-9743-759-2
DL L 17-2017
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.